

I

ANTES DE INICIAR la primera conferencia de este ciclo, quisiera destacar el hilo conductor que corre a lo largo de él. Se trata de exponer las vicisitudes de una trayectoria intelectual comprometida a través de las obras que se consideran más importantes o representativas.

Ahora bien, desde un principio cabe advertir que no pretendo valorar las obras que serán objeto de nuestra atención —lo que sería impertinente por parte de su autor—, sino de considerar las motivaciones o preocupaciones a las que respondían, las circunstancias personales o sociales en que se produjeron y, en algunos casos, los efectos que tuvieron en los medios académicos o más allá de éstos.

Por lo que toca al trasfondo histórico, vital, de esa trayectoria intelectual, hay que destacar tres fases o períodos. Primero: el de los años convulsos e inciertos de la República española (1933-1936) inmediatamente anteriores a la Guerra civil. Segundo: el de esta guerra de 1936 a 1939. Y tercero: el del exilio en México, desde junio de 1939.

En cuanto al contenido de las obras producidas a lo largo de esa trayectoria intelectual, casi en su totalidad

tienen un carácter filosófico en su más amplio sentido, en tanto que la obra literaria —poética y ensayística— ocupa un estrecho margen. Su vertiente poética ha sido recogida en un volumen que, con el título de *Poesía*, aparece en estos días.

II

Los poemas ahí recogidos tienen que ver con las tres fases del contexto histórico, vital, ya señalado. A quienes me conocen por una extensa obra filosófica, a través de la cátedra y de los libros publicados, les sorprenderá esta producción que se inicia en mi juventud, que prosigue durante la Guerra civil y que se continúa en los primeros años del exilio. Sin embargo no les sorprendería tanto al saber que en mi juventud dos vocaciones regían mis ideas y mis actos. Una, mi vocación política, que respondía al anhelo de una sociedad más justa que la existente, un anhelo que se proyectaba en mi conducta como militante de las Juventudes Comunistas. La otra vocación era la literaria, que se manifiesta en aquellos años juveniles no sólo en el lector insaciable de los grandes novelistas de la época, sino también de los poetas clásicos españoles —Lope, Quevedo y Góngora—, así como de los contemporáneos —los mayores— como Machado y Unamuno, los de la Generación del 27 y de poetas más jóvenes como Miguel Hernández y, particularmente, de un poeta latinoamericano que llegó por entonces a Madrid donde provoca una verdadera conmoción: Pablo Neruda con su *Residencia en la tierra*.

Con algunos de los poetas de esta época —Rafael

Alberti, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, Miguel Hernández y Pablo Neruda—llego a mantener una relación personal que en el caso de Prados y Neruda se convirtió en amistad.

Finalmente, mi vocación poética se plasma en el libro de poemas *El pulso ardiendo*, escrito entre Málaga y Madrid, y publicado, ya en el exilio, en Morelia, Michoacán, en 1940. Este libro se incluye íntegramente en la primera parte del volumen *Poesía*, en la parte primera que he titulado “Poesía en vela”. Y ¿por qué “en vela”? La respuesta puede estar en la dedicatoria de *El pulso ardiendo* al ser publicado ya en México: “Estos poemas fueron escritos en España, ya en vigilante y dramática espera de la tragedia colectiva de mi patria.”

Para comprender esta “espera”, este estar “en vela”, hay que trazar, aunque sea a grandes rasgos, el contexto político y social de aquellos años, los de la República que se propone lo que durante siglos ha sido imposible: modernizar el país, democratizar su vida política e introducir reformas sociales que hagan más justas las condiciones de vida de los trabajadores de la ciudad y del campo. Pero en esa vía los gobiernos republicanos pronto se encuentran con una doble oposición: la de las fuerzas políticas y sociales para las cuales los cambios y reformas van demasiado lejos, y la de los sectores más radicales para los cuales esas reformas se quedan demasiado cortas. En 1933, la derecha vuelve al poder lo que provoca la revolución de los mineros de Asturias, aplastada cruelmente por el Ejército.

La victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 lleva de nuevo a los partidos republicanos al poder. Pero desde el día mismo de su derrota en

las urnas las fuerzas políticas y sociales más reaccionarias comienzan a preparar la destrucción del poder legítimo y legal republicano. La perspectiva sombría de una sublevación militar en aquellos meses se vuelve cada vez más probable y con ella se crispan y tensan más y más no sólo las relaciones políticas y sociales, sino incluso las personales. Como en las tragedias clásicas.

España se encamina inevitablemente al abismo que se avecina aunque nadie sospecha la profundidad y duración que ha de tener. Y es durante la gestación de esa tragedia colectiva cuando se gesta también esta "Poesía en vela" angustiada y desesperada.

III

El primero de esos poemas se titula "Romance de la Ley de fugas" y tiene que ver con un hecho real: la aplicación de esa fatídica "ley" por la Guardia Civil a cinco campesinos andaluces. Un hecho brutal en plena República democrática que explica y justifica la radicalización de obreros y campesinos y, como en mi caso, de la juventud estudiantil. Yo tenía, entonces, sólo 17 años.

A este romance pertenecen estas estrofas finales:

¡Cómo temblaban los trigos!
¡Cómo temblaban los árboles!
¡Cómo temblaba la tierra
y los olivares!

Los cinco cuerpos cayeron
revolcándose en la sangre.

Yo los vi cómo cayeron
en la tarde agonizante.

Eran cinco los que iban
por el camino adelante.
Cinco cuerpos en la tierra
dejaron sobre su sangre.

Después de este romance, en el libro aparecen dos poemas que, en el clima iracundo e incierto que antecede a la sublevación militar, exhortan a escuchar las voces que alertan. En el primero de esos dos, bajo el título de "Siempre tu voz", esa alerta se expresa así:

Sólo vientos que desgajan
las ramas inocentes,
que secan las flores
y congelan el trigo.
Sólo los puñados de arena
que tapan los oídos.
Sólo el vidrio que acecha
la mano de un niño.
Sólo el muladar que espera enterrar
a la rosa más pura,
ante tu voz,
clara, firme, encendida,
permanecen impasibles
como estatuas de sal,
mudos como piedras,
o escuchándola airados,
sólo, sólo
para maldecirla.

Otro poema de los que anteceden a *El pulso ardiendo*, que lleva el título de "Número", a diferencia de los claros y explícitos anteriores, está cargado de imágenes de corte surrealista, un tanto herméticas, que dificultan su comprensión. El "Número" hace referencia a "millones de hombres sumergidos" en la injusticia, de "nervios y brazos desprendidos" por ella, de "manos que derriban sus muros", de "espaldas desoladas"; "número", en fin, "de sangre, de espuma y de lamento". Y ante este "número" y "un mundo en el que el hambre despierta nuestras manos", hay un mensaje dirigido al otro, que se expresa en estos términos:

Te quiero sin lamento.
Te quiero en el incendio
mordiendo dormitorios y viejos candelabros,
clavando tu madero con trigos y con arena.
Te quiero en los caminos de trigo y voz sedienta
en noches derretidas por ansia interminable
cerrando ya la cárcel con tierra ensangrentada,
llevando por los aires el trigo y la amapola
a cuerpos perseguidos por nubes y puñales.

IV

Veamos ahora los poemas de *El pulso ardiendo* escritos en los meses que anteceden a la sublevación militar que estalla en todo el país en un clima de incertidumbre, crispación y violencia no sólo verbal sino física.

Por su contenido temático, estos poemas pueden ser considerados en diversos grupos. El primero: un con-

junto de diez sonetos bajo el título común de “Soledad adentro”, pone en relación, en un tono íntimo y simbólico, al yo del poeta con un tú, en una relación que pasa, en un proceso ascensional, por ofrecimientos, esperanzas y desesperanzas hasta llegar a la confianza en el otro. No se trata, pues, de un diálogo sino de la inquietud del yo por el destino del otro, que al fin se aplaca.

En el soneto I, tras de ver en el otro “riberas desnudas”, se dice:

Yo te ofrezco la muerte del gemido
y entre las verdes ramas que tú anudas
el dulce despertar de un tronco ciego.

Y este ofrecimiento del yo al tú responde a la visión que el yo tiene de ese tú doliente:

Agua amarga desnuda tus dolores
hundidos entre escollos invisibles
mientras nada en alientos imposibles
tu lengua moribunda y sin olores.
¡Oh, tronco, navegando sin ramales,
nacido del dolor — oscura suerte —
y empapado de enfermos ventanales!

Así ve el yo al otro, que le inquieta, en el soneto II, en tanto que en el III expresa lo que quiere ver en él, lo que él espera:

Yo quiero sorprender en tu regazo
la muerte del silencio, en ti presente,
volviendo a alzarte como trueno erguido.

Sin pena, sin temblor, armado el brazo,
te espero yo encontrar convaléciente,
mientras huye el silencio ya vencido.

En el soneto IV se expresa una compasión por la situación del otro pero al mismo tiempo se expresa cierta desazón porque “su pulso navega sin sentido”, porque “mientras sigo clamando en tu desierto”. De ahí esta interrogación impaciente con la que finaliza el soneto:

¿Qué dientes en el pulso te han mordido
que ignoras el latir de las palmeras?
Tu corazón responde como muerto.

De este modo, a la compasión sigue la inquietante pregunta, sin que el otro responda.

En el soneto V, el otro, desconsolado, solicita amor, y el yo reacciona así:

Sin pie dudoso al llamamiento acudo
para darle a tu aliento nuevo cielo.
Trillando angustias por tus eras velo
sin encontrar tu corazón desnudo.

Ausente de tu luz, quiero encontrarte
en la ribera de mi fe segura
pisando débil, pero nunca ciego.

En el soneto VI, en su terceto final, se exhorta, con más fuerza aún, a que el otro se alinee con la vida:

¿Qué esperas para ser ya tronco ardiente
del brazo de la sombra y la azucena,
tronco de vida por el mar doliente?

Y la inquietud del yo se calma al ver, al fin, en el otro,
qué cambia la visión:

y un tierno aletear en tu espesura
con rumbo a sumergidas claridades
levanta un nuevo sol por tu llanura.

Sin embargo la exhortación al otro, aunque más serena, vuelve en el soneto VIII:

Caluroso a la nieve des tu mano,
al alto tronco cuyas ramas quiebran
cuando florece tu temor en vano.

¡Que tus brazos derrumben mordeduras
mientras hilos de luz juntos enhebran
amargos dedos por batallas duras!

En el soneto IX se subraya lo que el otro encontrará al atender la exhortación que se le hace:

Si tu sangre se duerme en mis orillas
el fuego será el aire de tu altura
y mis manos las ramas del consuelo,

despertarán las venas amarillas
con el dulce color de su ventura
y tú despertarás al nuevo vuelo.

En el soneto X y último, que transcribo íntegramente, lo que se espera llega al fin, sin que nada pueda detener la primavera alcanzada:

Tu corazón regresa de la muerte
bebiéndose las rosas del consuelo,
tu corazón desnudo, bajo un cielo
que quiere deshелarte y encenderte.

Camino de la vida quiero verte,
llegando al nuevo mar, al nuevo suelo
que sostenga la espalda del desvelo
sin que pueda el dolor adormecerte.

Ebrio de luz prosigue tu carrera
buscando esas orillas sin cristales
donde olvides ya siempre desangrarte.

¿Qué puede detener tu primavera
si secaste las aguas desiguales
donde sueñan heridas con ahogarte?

En suma, en estos sonetos tenemos una relación entre el yo y el tú concretos sin referentes reales que simboliza, sin embargo, la tensión, el ardor y la frialdad, entre la fe y la indiferencia, entre la esperanza y la desesperanza, en la que vence al fin la fe, la esperanza, y todo ello —aunque sin referente real, concreto— sobre el trasfondo de la angustia, la incertidumbre, de una situación histórica colectiva, personal, intensamente vivida.

V

Un segundo grupo de poemas tiene, a diferencia del anterior, un referente real, concreto: la implacable represión que sigue al levantamiento de los mineros asturianos en octubre de 1934. Se trata de dos poemas en verso libre de encendido tono acusatorio. Se transcribe a continuación el primero, titulado "Memoria de una noche de octubre".

Os acusa el espacio,
la tierra, el trigo y la agonía
y ese lento dolor que nace cada hora
y ese lento morir sin sangre y sin espina
y ese llanto de sombra encarcelada
y esa mano caída sobre tiernos carbones apagados.

Os acusa sin miedo
el temblor desprendido de ese sueño intranquilo
y esa espalda mordida por canes transparentes.

Os acusan en la noche
ese niño espantado que llama a vuestras puertas,
que grita encanecido buscando alguna estrella,
que bebe lentamente
esa espuma de sangre y ese crimen
esa cárcel que ata la muerte y la alegría.

Os acusan ahora
esos trenes vencidos
por un puente de sangre y escayola,
y esas manos tendidas,
y ese árbol caído que busca inútilmente

la tierna puñalada
y ese oscuro partir a la locura.

Os acusa ese llanto que suena todavía
y ese verde costado y ese látigo
y esos blandos canales de sangre enloquecida,
y esa arena en los ojos
y esas sienes abiertas
y ese sol perseguido.

Os acusan sin miedo.

El otro poema, "Elegía asturiana", está dedicado a un joven minero muerto en combate. Aunque se ha querido mantener el tono propiamente elegíaco ante su muerte, se ha procurado no dejarse vencer por el dolor. Su recuerdo vivo y estimulante se reafirma en la estrofa final:

Yo te recuerdo siempre, camarada,
sobre un mapa de tiernos mineros fusilados,
sobre un cementerio de trigos y de soles,
en el incendio de las palomas cansadas,
en el derrumbamiento de los puentes heridos
y en los sótanos que albergan lamentos.

Hay otro poema que tiene también un referente real, fechado el 10 de junio de 1936. Aunque no se menciona expresamente en el poema, se trata del asesinato de un concejal, Andrés Rodríguez, del Ayuntamiento de Málaga, muy querido sobre todo por los pescadores de cuyo sindicatō era presidente. Es un crimen terrible

cuyo trágico nivel se eleva aún más por el carácter fratricida que tiene, ya que sus victimarios han sido jóvenes anarquistas, obreros como él.

El dolor, la angustia y la desesperanza inspiran una perspectiva tan sombría como la del título mismo del poema: "Entrada a la agonía". Sus dos primeras partes constan de dos sonetos, en tanto que la tercera, más larga, está escrita en versos endecasílabos en ocho tercetos. El terceto final no puede ocultar el desaliento:

Quisiera detener este lamento:
¡Me canso de ser ascua endurecida
cuando se apaga nuestro mismo viento!

Otro poema, titulado justamente "Entrada a la esperanza", revierte este estado de ánimo al proclamar, en el cuarteto final:

No me conformo, no, con una hoguera
cuando hay pulsos helados todavía:
¡un volcán siempre vivo! Y de bandera:
¡una llama lamiendo la agonía!

Hay otros poemas de esta parte del libro en los que no puedo detenerme, con una excepción: la del soneto que lleva por título "Ser o no ser". Algunos críticos lo consideran de difícil interpretación. Yo no intentaré darla ahora aunque pienso que la que se dé tiene que situarse en el clima incierto, complejo y contradictorio de aquellos años. Me limito por ello a transcribirlo íntegramente:

¡Amor, amor! Desventurado y loco
acabo de matar mi primavera.
Lleno de sangre en esta sementera
persigo tu raíz, tu cielo invoco.

Ya todo fuego me parece poco
para encender mi pulso de madera.
Nieve por dentro soy porque por fuera
en nieve se convierte cuanto toco.

¡Amor, amor! Mi estrella desolada
quiere minar el mundo para verte.
Si te duele el color de mi llamada

no le duele a mi ser su propia muerte.
¡Antes de morir sentándome en la nada
que acaba por no hallarte o por perderte!

Cerremos con este poema nuestra atención a la parte del libro titulada "Poesía en vela" —aludiendo a la incierta espera de la tragedia colectiva a la que pone fin la sublevación militar fascista. Y con ella llega la Guerra civil.

VI

La segunda parte del libro recoge los poemas escritos durante esta guerra. Se trata de una producción breve pues la actividad del poeta se concentra sobre todo en hacer la guerra, en contribuir a la lucha del pueblo, primero en Málaga como dirigente socialista juvenil, después en el Madrid sitiado como director del periódico

Ahora, órgano central de las Juventudes Socialistas Unificadas, y más tarde en el frente participando en las batallas de Aragón, Teruel y el Ebro.

Durante la guerra, tuvo lugar un renacimiento del tradicional romance, cultivado ahora por los grandes poetas fieles a la causa republicana como Alberti, Prados, Garfias, Aleixandre, Altolaguirre, Moreno Villa y otros. Yo también escribí en Málaga varios romances que fueron recogidos, en plena contienda, en el *Romancero general de la guerra de España* como los titulados "Romance de moros", "El fugitivo", "Romance de la muerte del camarada Metralla" y "Romance de la defensa de Málaga". Con su lenguaje claro y directo se pretendía contribuir a la heroica lucha de aquellos días tan difíciles. Como ejemplo de esa contribución poética, transcribiré algunos versos del "Romance de la defensa de Málaga" escrito unos días antes de la caída de esta ciudad, leído por radio y publicado en la prensa local en aquellos momentos tan aciagos.

Empieza el romance con estos versos que describen con toda su desnudez la gravísima situación de la ciudad:

Málaga, tu corazón
tiene fronteras de hielo,
que apagarán tus latidos
si no despiertas a tiempo.
Cuchillos que se quebraron
en Madrid frente a un gran pueblo,
quíeren clavarte la muerte
cuando te cerca ya el sueño.
¡Málaga, la angustia rueda
alrededor de tu cuerpo!

Y termina con este apremiante llamamiento:

Que nadie duerma, que el fascismo
no duerme, que está despierto.
Que se levanten ardientes
todos los pulsos de hielo.
Que cada garganta fría
sea un sùrtidõr de fuego.

Que cada brazo caído
sea un muro en movimiento.
¡Málaga, despierta ahora!
¡Que vibre tu pulso a tiempo!
¡Nadie duerma, que la muerte
está rondando tu cuerpo!

En el frente escribí algunos poemas de corte clásico: "Al héroe caído", "Miliciano muerto" y "Canciones del Ebro" y un soneto, "Guerrillero en lá noche", en el que el guerrillero vive la contradicción muerte-vida más allá del frente, en territorio enemigo.

En todos estos poemas no se trata de una poesía de o sobre la guerra sino de una "poesía en guerra" pues, como decía María Zambrano en aquellos momentos, en la guerra la poesía sólo puede estar en guerra.

VII

Terminada la guerra y ya acogido a la generosa hospitalidad brindada por el presidente de México Lázaro Cárdenas, escribo un largo poema, "Elegía a una

tarde de julio", en el que trato de revivir la angustia, la incertidumbre y el fervor interior y exterior de aquellos días. Aunque poblado de imágenes surrealistas, el tono es encendido, imprecatorio y a veces desgarrador.

Transcribo algunas estrofas del fragmento VII en que se alerta sobre la trágica cosecha que se avecina:

Millones de corazones inocentes
nadando van hacia la muerte.
Piélagos de rosas,
horizontes de trigo limpio,
aguas transparentes
se mancharán de sangre, de barro y de ceniza.
Millones de metros de tierra viva
esperan ya las tumbas.
Y hay millones de brazos esperando
la inmensa embestida de la muerte,
vísceras silenciosas, nervios ardiendo,
que esperan el último latido
y hospitales, algodones y lamentos,
millones de cabellos encendidos,
de cubos de sangre, de gusanos,
y de platos de carne desgarrada.
Millones de seres con los ojos tapados,
con un inmenso pañuelo sobre sus ojos inocentes
andando
andando van hacia este precipicio.

Y el poema termina con esta pregunta incisiva: "¿Dónde están los culpables?", a la que se responde:

¿Culpables? Sí, culpables
de esta orgía de sangre,
de este mar de lágrimas y llantos,
de este muro impasible
en el que se estrella la ternura
de esta red de mortajas y de lutos,
de este río de dolor y desventuras
que corre desbordado, sin riberas,
desde esta tarde de julio.

Otros poemas escritos también en el exilio tienen que ver con circunstancias personales o político-sociales del momento como los titulados “Maternidad”, dedicado a mi esposa al acercarse el nacimiento del primer hijo; “La paloma de Picasso”, símbolo de la paz en los azarosos años de la “guerra fría”, y el dedicado a León Felipe en su 70 aniversario. Una temática más universal se aborda en otro poema, “Afirmación de amor”, que se abre con estos versos:

Amor: tú me sostienes
como mástil intacto
en este duro bogar hacia otra orilla.
Todo mi ser es tuyo:
tú cimentas mi humana arquitectura
y articulas mis huesos y mis penas
hacia un arco gozoso del futuro.

VIII

Pero el estado de ánimo del exiliado se expresa en los 14 sonetos, que se agrupan bajo el título común de "Sonetos del destierro". Con este título se precisa el modo de vivir y de pensar el exilio justamente como destierro. Porque el exilio ha sido concebido y vivido también —recuérdese a este respecto la postura de José Gaos— como "transtierro".

Ahora bien, para mí, así como para la inmensa mayoría de los exiliados que lo vive, sobre todo en los primeros diez o doce años, como destierro, el exilio no es un simple trasplante de una tierra a otra, un hallar en la nueva lo que se ha perdido al dejar forzosamente la tierra propia, sino la pérdida de la raíz, del centro. Es un vivir en el aire, partido en dos, entre la tierra que se pisa y la tierra a la que se sueña volver, es un estar entre lo hallado y lo perdido, absorbido por un pasado que no pasa y un futuro que no llega.

Esta idea del exilio como desarraigo, con la obsesión de una vuelta que el tiempo, lejos de aproximarla, vuelve lejana, impregna estos sonetos del destierro. Nos detendremos en los más representativos. A diferencia de los sonetos de *El pulso ardiendo*, los que ahora nos ocupan son más quevédescos que gongorinos, y su claridad y contundencia rehúye el hermetismo de las imágenes de aquellos.

En el primero de estos sonetos, "El desterrado", se pone de manifiesto sobre todo la condición de estar erigido en el desarraigo como un "árbol sobrehumano":

El árbol más entero contra el viento
helo en tierra, deshecho, derribado.
Congregando su furia en un costado
el hacha lo dejó sin fundamento.

La torre que besaba el firmamento,
— ¡oh, sueño vertical, petrificado! —,
con todo su volumen desplomado
tan sólo de la muerte es monumento.

Y tú, desnudo y leve junco humano,
contra el viento amarillo del olvido,
contra todo rigor, estás erguido.

Torre humana o árbol sobrehumano,
contra el hacha, en el aire levantado,
sin raíz ni cimiento, desterrado.

En el soneto que toma el título de su primer verso, “Al dolor del destierro condenados”, es tan profundo que el destierro se torna fundamento, razón de ser:

Al dolor del destierro condenados
—la raíz en la tierra que perdimos—
con el dolor humano nos medimos,
que no hay mejor medida, desterrados.

Los metales por años trabajados,
las espigas que puras recogimos,
el amor y hasta el odio que sentimos,
los medimos de nuevo, desbordados.

Medimos el dolor que precipita
al olvido la sangre innecesaria
y que afirma la vida en su cimiento.

Por él nuestra verdad se delimita
contra toda carroña originaria
y el destierro se torna fundamento.

En "Tierra de dolor", como es constante en el exilio, el poeta vuelve sus ojos a su tierra sin que su "labrador de la muerte" pueda dejar de hallar en ella su consuelo:

¿En qué región del aire, por qué mares
—oh, latitud humana del tormento—,
tuvo el crimen tan claro yacimiento
y la muerte más vivos hontanares?

¿En qué bosques las hachas seculares
gozaron de tan largo valimiento?
¿Dónde tuvo el dolor mejor cimiento?
¿Dónde el llanto tan pródigos lagares?

Labrador de la muerte que en mi tierra
sólo con sangre riegas los terrones
y con huesos abonas nuestro suelo,

¿qué esperas cosechar si nada aterra
a quien sabe encontrar borbotones,
en el terrón más duro, su consuelo?

El desterrado, como ya he señalado, vive obsesionado por la vuelta. Pero pasan los días, los meses y los años sin que ésta sea una realidad. Espera. Por ello es-

pera y se desespera. Podría poner fin a este desasosiego volviendo tras de enterrar todo en el olvido. Pero sería una vuelta indigna. Y al desecharla, el desterrado afirma: "Yo sé esperar", título del soneto que leemos a continuación:

Si para hallar la paz en esta guerra,
he de enterrarlo todo en el olvido,
y arrancarme de cuajo mi sentido
y extirpar la raíz a que se aferra;

si para ver la luz de aquella tierra
y recobrar de pronto lo perdido,
he de olvidar el odio y lo sufrido
y cambiar la verdad por lo que yerra,

prefiero que el recuerdo me alimente,
conservar el sentido con paciencia
y no dar lo que busco por hallado,

que el pasado no pasa enteramente
y el que olvida su paso, su presencia,
desterrado no está, sino enterrado.

El dolor del destierro cala tan hondo que si los relojes dejaran de medir el tiempo el desterrado podría medirlo con su propio dolor. Esta es la idea que toma cuerpo en el soneto "Reloj del alma":

Si el tiempo se quedara sin medida
porque todo reloj enmudeciera
y de pronto su huella se perdiera
y nadie la encontrara reténida;

si la imagen del tiempo en nuestra vida
quedara sin su efigie verdadera;
si en vano se buscara una frontera,
forma a la eternidad desconocida:

si el tiempo fuera como noche oscura,
eterna confusión, sima insondable,
el alma regiría lo abolido:

tomando por medida su ventura,
por cuadrante un dolor interminable,
se mediría el tiempo desmedido.

En el penúltimo soneto al que voy a referirme se alude a este vivir del desterrado en vilo, sin raíces, sin poder asentarse en la tierra que generosamente le acoge. Pero ahora se pide que esta generosidad se reafirme dejando que el destierro sea su derrotero, es decir, su lucha por volver.

Es lo que se ha pretendido expresar en el soneto "La tierra que pisamos":

Cuando vivo el destierro, la mudanza
de ser en esta tierra un peregrino,
y el corazón incita en el camino
a encontrar una tregua en esta andanza;

cuando siento que el alma no descansa
aunque el cuerpo desdiga su destino,
y el andar se convierte en duro sino
cuyo norte es tan sólo la esperanza,

comprendo que mi vida está fundada
en no afirmar las plantas en el suelo
donde tengo la vida trasplantada.

¡Oh tierra que me ofreces tu consuelo!:
Dejándome seguir mi derrotero,
más cerca estoy de ti, más prisionero.

El último soneto que voy a transcribir traza la imagen del desterrado para el cual el exilio no tendrá fin, y no lo tendrá porque su cuerpo está ya, bajo esta tierra, para siempre. Se trata del "Desterrado muerto",

En la huesa ya has dado con tu empeño.
¡Cuánta furia se queda sin batalla!
Enmudece la sangre; el pecho calla
y tu dolor cabalga ya sin dueño.

La tierra es tu mansión; la sepultura,
el albergue final de la jornada.
Por testamento dejas tu pisada,
la dulce huella de tu mano pura.

El destierro no para con tu muerte
que, implacable, dilata tu destino,
bajo la misma tierra prolongado.

Tú no descansas, no, con esta suerte
de muerte enajenada; con el sino
de estar bajo la tierra desterrado.

IX

Llegamos así al final de nuestro recorrido por esta trayectoria poética, con sus dos primeras fases: “Poesía en vela” y “Poesía en guerra”, escritas en España, en tanto que la tercera, “Poesía en el exilio”, lo fue toda ella en México, cuando el exilio, vivido como destierro, no se ha transformado aún, con el paso de los años, en “trans-tierro”. Esta última fase de mi trayectoria poética ocupará una franja relativamente corta en mi vida intelectual en México ya que ésta fue absorbida, casi desde el momento en que la poesía calla, por la filosofía, en su sentido más amplio, hasta nuestros días. Y a ella, en sus diversas facetas y deteniéndose en sus principales trabajos, estarán dedicadas las próximas conferencias.

BIBLIOGRAFÍA

- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *El pulso ardiendo*, edición facsímil. Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2004.
- , *Poesía*. México, Fondo de Cultura Económica y Centro Cultural de la Generación del 27, 2005.